

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

¡RESUCITO EL SEÑOR!

«Nolite timere: ite, nunciate fratribus meis ut eant in Galilaeam; ibi me videbunt».

(MATH. XXVIII, 10).

Como la nada precede á la creación de los mundos, la obscuridad á la luz, la guerra á la victoria, la tempestad á la calma, el temor á la seguridad, el cansancio al reposo; así esta vida, llena de trabajos, precede y dispone á otra vida dichosa llena de encantos de celestiales dulzuras; la corrupción del cuerpo á su resurrección.

La gloriosa resurrección de nuestro Redentor nos va á enseñar cuál debe ser nuestra esperanza acerca del último destino. ¿Cuál será la primera consideración que un cristiano se hace al rezar el primer misterio glorioso? En medio de la lobreguez de espíritu en que se encuentra muchas veces, y á pesar de la frialdad de su corazón, si piensa un poco, pronto le asalta un terrible dilema. Jesús resucita lleno de gloria; aquel rostro divino, hace tres días velado por la sangre y por el polvo, era el ludibrio de las gentes; aquel pecho, que ahora despide un haz de rayos de plácida luz, hace pocos días estaba rasgado; aquellas manos y aquellos pies el viernes estaban taladrados, y ahora cada cicatriz es un sol; aquella sien coronada de espinas la he visto, y ahora una diadema de preciada pedrería, labrada por los ángeles, le da aspecto de Rey.

Esta es la primera parte del dilema; la segunda aborrece proponérsela, y claro está, que es dolorosa. Es forzoso comenzarla: Jesucristo, dice el cristiano que medita, es el camino, es nuestro celestial Maes-

tro, y como no puede engañarse, tenemos que admitir su lección como infalible. ¡Ay Dios mío! ¡Comprendo, comprendo!; para triunfar es preciso el combate, para descansar es preciso haber trabajado hasta cansarse. Así sucede; para resucitar glorioso con Vos es preciso sufrir las ignominias y humillaciones de vuestra Cruz: acepto, Dios mío, el sacrificio, y espero el premio que dais al siervo bueno, al fiel discípulo de vuestra doctrina.

La Virgen Santísima prueba esta enseñanza divina: en el Calvario estuvo todo el tiempo de la muerte sangrienta de su Hijo; ahora le ve resucitado, y pronto subirá en cuerpo y alma á sentarse á la diestra de ese Dios, por quien sufre en silencio.

La conclusión inmediatamente se ve; ó sufrir en esta vida por el amor de nuestro Dios, y esperar, por lo tanto, gloriosa resurrección; ó de lo contrario, si amamos los goces humanos, caducos y tan pasajeros, nada podemos esperar, sólo el tormento eterno, que no quisimos conmutar por el temporal de esta vida.

Nolite timere, dijo Jesucristo á las piadosas mujeres que fueron á visitarle al sepulcro; no queráis temer: al hablar Jesús así, dice que no temamos aceptar su Cruz, que no nos espanten los trabajos que por servirle nos sobrevengan. Con ese lenguaje de consuelo avisa á todos los hombres de que es muy grande el premio dado á sus amadores, á los que con solicitud le buscan.

Ite; id, añadió. Como si dijera: no me busquéis ya en el sepulcro; no penséis que mi cuerpo sagrado va á permanecer bajo la fría losa que le cubre. ¿Cómo? ¿no sufrió bastante? Es preciso que se levante y suba glorioso á recibir la corona del triunfo; es preciso que las fealdades que los malos le han causado sean borradas por la hermosura del cielo. Marchad, pues, no está aquí.

Nunciate fratribus meis ut eant in Galilaeam. Dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á Galilea, allí me verán. ¡Qué palabra de mayor consuelo, exclaman los santos! Dice Jesús á las piadosas mujeres que vayan á toda prisa á contar lo sucedido á sus hermanos, y que marchen todos á Galilea. Claro está,

á toda prisa deben comunicarse las grandezas y misericordias de Dios, para que nadie quede privado de tales gracias. Y ¿quiénes son los hermanos de Jesús? Sus palabras se referían á los Apóstoles; mas en nombre de ellos á todos nos llamó hermanos suyos. El lo declaró al subir al cielo: "Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios,"; luego como El somos hijos del mismo Padre, de Dios; luego hermanos suyos.

En aquellas palabras, *ut eant in Galilaeam*, los santos dicen que está encerrado un misterio consolador. Por Galilea se entiende el cielo; al cielo lleva á sus discípulos, al cielo conduce á todos los hombres como á hermanos suyos.

¡Qué esperanza, qué consuelo, trae al alma la Resurrección de nuestro divino Redentor. Es el motivo y el modelo de la nuestra. Sale del sepulcro triunfando del pecado, cumpliendo las profecías, realizando su palabra, manteniendo sus promesas, confirmando su doctrina y dando al mundo una prueba segurísima de su divinidad, de su poder y de su gloria. Y como es la cabeza del cuerpo místico de su Iglesia, esperamos con toda confianza que su gloria redunde en los miembros. El es "el primogénito de entre los muertos," que resucitan; nosotros, por consiguiente, hemos de resucitar también. En nosotros habita el Espíritu Santo, por cuya virtud resucitó Jesucristo, y ese mismo Espíritu vivificará, dice San Pablo, nuestros cuerpos.

Santo Tomás de Aquino, lleno de admiración, nos dice: "Más eficaz es el mérito de Cristo para quitar la muerte que lo fué el pecado de Adán para traerla,". Por eso ¡oh Jesús!, nos alegramos en este día, y alegres decimos con Isaías que "tu sepulcro es glorioso,"; y, pues, somos tus hermanos menores y subimos contigo al Calvario, de nuestro sepulcro saldremos con el trofeo y la gloria de tu Resurrección.

FR. MORO.

LA UNIÓN MÍSTICA

SEGUN SANTA CATALINA DE SENA

ENTRE los recuerdos que de Santa Catalina nos quedan, ocupa muy principal lugar el de sus escritos, modelos acabados de castizo lenguaje en el idioma toscano, y fuente inagotable de luz divina para las almas que siguen con paso firme la senda de la perfección cristiana.

Nada sirve tanto para conocer el alma de Santa Catalina como la lectura de sus obras. En ellas aparece su espíritu sumergido en los abismos de la luz increada, bañado por los resplandores de la Verdad y viviendo sólo de amor divino. Quien desee formarse una idea aproximada de la alteza de su doctrina, lo conseguirá comparándola con el Evangelista San Juan. La luz y la Verdad son para el Discípulo amado lo mismo que para Santa Catalina, la vida y la salvación; y la oscuridad y la ignorancia, la perdición y la muerte. El alma vive del amor divino, y la causa de nuestra ruina es el amor de sí mismo. En estas breves palabras hállase compendiada toda la doctrina espiritual de la Virgen Senense; mas para que podamos formarnos una idea más exacta, voy á desarrollar muy sucintamente estos dos puntos:

- 1.º Preparación para la unión mística.
- 2.º Esencia de esta unión.

Jesucristo dice: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Según esto, la perfección cristiana, la verdadera santidad, consistirá en asemejarnos á Dios, en unirnos más y más á nuestro primer principio y último fin; y esta unión sólo puede verificarse por el amor, virtud esencialmente unitiva, y la única que tiene eficacia bastante para transformarnos en Dios, hacernos participantes de sus perfecciones, de su bondad, de su santidad, de su misma vida, de suerte que podamos repetir aquellas tan sabidas palabras del Apóstol: «vivo yo, ya no yo; Cristo es quien vive en mí». Claro es que este amor no ha de ser ciego; es preciso que el entendimiento vaya delante, alumbrando los pasos de la voluntad y dándole á conocer las perfecciones de la bondad divina.

Mas esta unión del hombre con Dios, si ha de ser íntima

373

y habitual, requiere, como condición previa, grande pureza de parte del hombre. Distraídos como están el entendimiento y la voluntad en tantos y tan variados objetos, ya sensibles, ya intelectuales, no es posible que puedan tener su atención siempre fija en el objeto simplicísimo de la divina esencia, que se halla tan por encima de todos los sentidos y aun de toda la virtud de la inteligencia. Esta purificación del alma debe comenzar por de fuera, por encaminar todos nuestros actos externos, de suerte que en nada impidan la atención de nuestras facultades, á Dios. Pero en esto debe evitarse el error, muy común por desgracia, de creer que la perfección consiste en estas obras exteriores, «cuando sólo deben tomarse por instrumentos, y no como cosa principal» (1).

«Toda nuestra vida radica en el apetito, ya sensitivo, ya racional, y aquí es precisamente donde la mística Doctora quiere que apliquemos «el cuchillo de la mortificación». «La propia voluntad es la nube que oscurece en nosotros la luz de la santísima fe y nos estorba ver á Dios». «Todo nuestro bien espiritual consiste en la perfecta negación de la propia voluntad; y cuanto más la echemos de la voluntad propia, tanto más llena será de la gracia, que es la que en nosotros causa toda perfección, y sin la cual es nada la virtud y dignidad de la criatura». «La perfección procede de la caridad, y la caridad se alimenta con la humildad, y ésta nace del conocimiento y odio santo de sí mismo, esto es, del aborrecimiento de la propia sensualidad. El que llegue á este grado conviene que persevere en la celda del conocimiento de sí mismo, ejercitándose en destruir todo perverso afecto espiritual y temporal».

Pero es tan sutil este amor propio y está tan prendido en nuestro corazón, que no es por sí el hombre suficiente para despojarse de él; la mano de Dios tiene que tomar aquí parte muy principal y de diversas maneras, según el estado en que el alma se halle». Elevado el espíritu sobre las cosas corporales, experimentan disgusto por todo lo que viene de los sentidos; la voluntad hállase limpia de los afectos terrenos y no siente inclinación alguna hacia lo exterior; pero aún no se encuentra bastante purificada para unirse á Dios. El amor de la criatura ha mudado de objeto, pero no quedó destruído; «el alma apetece los consuelos espirituales y mentales, y

(1) Las palabras que aquí y más adelante van entre comillas están tomadas de los DIÁLOGOS de Santa Catalina.

cuando se ve privada de ellos y le sobrevienen tentaciones y tribulaciones de parte de los hombres, siente dolor y comienza á derramar lágrimas dulces y compasivas de sí misma; pero con una compasión espiritual de amor propio, porque no estaba aún hollada y aniquilada la propia voluntad». Este amor á los consuelos espirituales es un impedimento muy grande, si el alma ha de unirse toda á Dios. Para que la luz divina llene enteramente el alma, es preciso despojarla de toda criatura, y si ha de transformarse toda en Dios, es indispensable que, á la manera de una masa de cera, carezca de toda forma creada. Esta purificación última es obra de Dios.

Para llevar esto á cabo «apártase del alma, no por gracia, sino por sentimiento, á fin de que conozca la falta que el Señor le hace, y sintiéndose privada de la consolación, experimente pena aflictiva y se sienta débil, y en esto halle la raíz del amor propio espiritual de sí misma. Y aquí tiene materia de conocerse y levantarse sobre sí, subiendo al tribunal de su conciencia y no dejando pasar sentimiento alguno, sin que sea corregido con la luz de la santísima fe, y arrancando la raíz del amor propio con el cuchillo del odio de sí misma y del amor á la virtud».

Acabado esto, el alma habrá llegado al tercer grado de mortificación, el cual consiste «en que con vivísimos deseos se esfuerce y procure llegar á tener esta disposición de espíritu, que se una de tal manera con Dios y su voluntad de tal suerte con la suya, que no quiera, no sólo el mal, mas ni aun el bien que Dios no quiere. Cuanto más así se abandonare y se pusiere en las manos del Señor, tanto más será ayudada y favorecida de su gracia y experimentará más de lleno su dulcísima caridad. Pero no puede llegarse á esta perfección sino por una firme y resuelta abnegación de la propia voluntad, y quien no sea diligente en practicarla sin duda no aspirará á esta excelentísima perfección». «Y para que pueda hacer esto, es preciso que con la imaginación y el pensamiento se construya á sí misma una celda cerrada por todas partes, cuyo material ha de ser la voluntad divina solamente, y que se encierre en ella, y siempre en ella habite, y á cualquier parte que vaya no salga fuera de ella, y á dondequiera que mirase no mire fuera de Dios, sino que en las sensaciones, tanto mentales como corporales, esté siempre acompañada de la voluntad del Señor y no piense, ni hable, ni haga sino lo que á Él es agradable».

Y purificada así el alma de todo cuanto pudiera divertir su atención y apartar su afecto de Dios, todas sus potencias se fijan en aquel único objeto. No se advierte ya el menor ruido de las pasiones; la imaginación cesa de representar á la inteligencia cosa que la distraiga; el entendimiento no piensa sino en la bondad divina, y la voluntad, libre ya de las sollicitaciones de la tierra, sólo suspira por el cielo, por unirse inseparablemente á Dios, bondad infinita, única capaz de llenar todos sus senos.

Toda el alma está como un lago quieto y transparente, en el cual puede Dios reflejar la imagen de su esencia y de sus virtudes. Aquel ir y volver de Dios al alma por un dulcísimo sentimiento de amor, con que nuestro Señor la recreaba y probaba, cuando no se había aún despojado por completo de la propia voluntad, va á convertirse en un continuo deliquio, en una constante y estrecha unión con la bondad divina.

Desciende Dios al alma y la purifica y esclarece con los resplandores de su luz, muéstrase á la inteligencia con claridad deslumbradora «y entonces el afecto, que sigue al entendimiento, se une á Dios por amor perfectísimo y encendidísimo. Y si alguien me preguntase ¿quién es esta alma?, respondería que es otro Dios, porque en Dios se transformó por amor. ¿Qué lengua mortal podría referir la excelencia de este último estado unitivo, y los diversos frutos que el alma recibe estando llena de la Divinidad? ¡Oh qué dulce es aquella mansión! dulce sobre toda dulzura por la perfecta unión que hizo el alma en Dios; porque la voluntad de esta alma no guarda medio, pues se ha hecho una cosa con Dios».

Pero oigamos á la Santa Virgen explicarnos en qué consiste esta unión, que convierte á las almas en serafines, y á los mismos cuerpos materiales vuelve en espíritus. «Levantándose las almas con ansiosos deseos, elevan el entendimiento á Dios y, bañados y abrasados con el fuego del amor, gustan de la Deidad eterna, que para ellas es un mar pacífico, en donde las almas han formado tan estrecha unión, que no tienen movimiento alguno sino en orden á Dios. Y siendo mortal, goza del bien de los inmortales, y estando en un cuerpo grave, tienen la ligereza del espíritu, por lo cual se levanta muchas veces el cuerpo de la tierra por la perfecta unión que el alma ha hecho con Dios. No es que el cuerpo pierda su gravedad, sino porque es más per-

fecta la unión que media entre Dios y el alma, que la que hay entre el alma y el cuerpo; y la violencia del espíritu levanta de la tierra el cuerpo grave, que está tan quebrantado por el afecto del alma, que no le sería posible vivir, si Dios no le fortaleciese y reparase. Y mayor milagro es no separarse el espíritu del cuerpo que resucitar muchos muertos. Dios se aparta algunas veces del alma, haciéndola volver al cuerpo, para que éste, que estaba enajenado por el afecto del alma, vuelva á su sentido, aunque el alma no se separa de él, sino las potencias que están unidas con Dios. Pues la memoria entonces no se acuerda de otra cosa que de Dios, el entendimiento se eleva y especula la Verdad, y el afecto, que sigue al entendimiento, ama lo que ve el entendimiento y se une con ello. Juntas en una estas tres potencias, sumergidas y encendidas en Dios, pierde el cuerpo el sentimiento, de modo que los ojos mirando no ven, los oídos oyendo no oyen, hablando la lengua no habla; sino que de la abundancia del corazón permite el Señor que se desahogue el espíritu, para honra y gloria de su nombre. Todos los miembros están ligados y ocupados con el vínculo y sentimiento del amor, que los tiene sujetos á la razón y unidos con el afecto del alma y casi contra su naturaleza gritan al Señor que quiera separarlos del alma».

Difícil es formarse idea de esta vida divina á quien no la haya experimentado, y no menos difícil será al que la experimentó explicar en qué consiste.

Los afectos del corazón más son para sentidos que para expresados, y ¿cuánto más podremos decir esto de los sentimientos del amor divino, de esa transformación del alma en Dios, en la cual puede decirse que el hombre no vive ya con su propia vida, sino con la vida divina, supuesto que Dios es quien hinche con su luz, con su bondad y con su virtud todas las potencias del alma, divinizándolas de un modo parecido al de la gloria; y aun el mismo cuerpo viene como á perder sus propiedades materiales, á participar de la naturaleza espiritual? Como el carbón arrojado en el horno queda al instante convertido en fuego, así estas almas, arrojadas por la violencia de la caridad en aquel horno de la bondad divina, se deifican, mudan su ser natural para adquirir otro sobrenatural y divino. Así se explican sus sentimientos, sus palabras, aquel tener engolfados sus pensamientos en Dios, aquel desear la muerte con tan vehementes an-

sias, y, en fin, aquel enfermar y morir de amor. El cuerpo flaco no puede resistir las violentas conmociones que recibe del alma, absorta toda en Dios; el alma atraída hacia la patria no puede atender á las necesidades del cuerpo, y entonces quíebrase el lazo que los unía y vuela el espíritu á sumergirse por completo en el océano de la esencia divina, mientras el cuerpo queda en la tierra yerto, bien que con testimonios evidentes de la gracia, que en él habitó por tan excelente manera.

FR. A.

À JESÚS CRUCIFICADO

Cuando te miro de la Cruz colgado
¡oh! Jesús amoroso,
y veo el suelo encharcado
con el licor precioso
de tu sangre, que viertes generoso;

Mi alma se repliega con espanto,
por mis venas circula horrible frío,
y el corazón, transido de quebranto,
manda á los ojos amoroso llanto.

¡Oh estupenda maldad!, ¡oh amor ardiente!,
peca el hombre y Dios sufre la condena...

Jesús es inocente;
el hombre reo de pena,
y en vez de soportar el hombre el yugo,
se convierte de Dios en cruel verdugo...

¿Es posible, Amor mío,
que á Tí, su Dios, su Redentor, su Padre,
con loco desvarío

pies y manos taladre
y te insulte y se goce en tus dolores
el hombre, á quien colmaste de favores?

¿Cuándo se vió crudeza semejante,
ni entre las mismas fieras del desierto,
que al Padre más piadoso y más amante,

á cielo descubierta,
con tormentos prolijos,
muerte horrible le den sus propios hijos?

Esconde tu luz pura
¡oh! Sol, y no descubras tanto estrago;
vuelve en tiniebla oscura
el día tan aciago
en que vió el mundo entero
morir á Dios clavado en un madero.

Retirad vuestro brillo refulgente,
blanca Luna y magníficas estrellas;
alumbren solamente
los rayos y centellas
de la ira divina, omnipotente
el negro crimen de la humana gente.

No más el hombre goce de la vida
que vuelve contra el cielo.
Cuando, en señal de duelo,
con brusca sacudida,
las piedras y los montes se quebrantan,
¿por qué no se abre el suelo
y caen á los abismos despeñados
los que sus manos contra Dios levantan?

¿Es que están ya apagados
los rayos que vibró Dios algún día
contra la humana gente pecadora?
¿O es que están agotados
los dardos de su diestra vengadora?
Confunde ¡oh Dios! á la canalla impía,
no extremes tu paciencia:
sufran los malos ejemplar sentencia.

Mas no; espera Dios justo;
detén un poco la fulmínea espada;
escucha, escucha el grito sobrehumano
que lanza tu Hijo augusto
desde la Cruz sagrada:
«PERDÓNALOS, ¡OH! PADRE SOBERANO;
FUÉ LA IGNORANCIA QUIEN MOVIÓ SU MANO».

¡Oh prodigio de amor! ¡Oh llama ardiente
de caridad que á amarte nos convida!

Que sufra el inocente,
por librar de la muerte merecida
al mismo que la da, y, aún no contento,
que pida para él toda indulgencia!...
Esto, aun pensarlo fuera atrevimiento,
fuera casi demencia...

Sólo Dios pudo hacer ese portento,
uniendo á su justicia su clemencia,
á su infinito amor su omnipotencia.

.....

Y cayó de las manos del Dios fuerte
la vengadora espada,
al ver el cuerpo inerte
del Hijo, tinto en sangre denegrada.

Ya muéstrase aplacada
la divina justicia, que, ofendida,
pedía contra el hombre dura muerte.

Ya muda nuestra suerte
la víctima ofrecida
en el madero santo.

Ya en su trono Luzbel tiembla de espanto
y el infierno, las puertas quebrantadas,
restituye las almas rescatadas.

Venciste ¡oh! Dios de amor, venciste al mundo,
á Luzbel, al pecado y á la muerte.

Más que tu brazo fuerte,
venció tu caridad, más obstinada
que la humana malicia endurecida.

¿Quién con dolor profundo
no sentirá la iniquidad pasada?

¿Quién la sangre vertida
de Dios no acrecerá con propio llanto?

¿Quién no amará al que tanto
nos amó, que por prenda dió su vida?

Dame, Dios mío, que sepa yo mirarte

clavado en esa Cruz y siempre llore
mis culpas, que verdugos tuyos fueron.
Tiemble el alma de horror al contemplarte
y su maldad deplora.
No con nuevo desvío
aumente tus enojos.
Da que, al postrarme ante la Cruz de hinojos,
mirando tu piedad y mi extravío,
nunca falten, Señor, llanto á mis ojos,
amor y gratitud al pecho mío.

FR. J. PRIETO.

DESEMBARCO PELIGROSO

(NOTICIAS CURIOSAS)

EL caso no puede ser más chusco ni más oportuno para los que están *tramando* un viaje á las Américas é islas adyacentes. Sí, señores; la suerte ríe á todos los que la miran lejána, muy lejána, y á los que ya la tienen: en América, al parecer, ríe con todo *quisque* que desde España la saluda; así, por lo menos, oí contar á muchos jóvenes, que como ellos dicen, son hombres de *agallas* (¡ni los peces!).

Para que no caigan en el anzuelo que no ven, ofuscados por la pícara codicia, voy á contarles lo que testigos oculares me contaron.

De una carta escrita en la Habana con fecha del 24 de Febrero de este año, entresaco lo que nos interesa para nuestro asunto. «Le pareció que había tenido mucha suerte, dice la carta; pues todavía queda por contar lo más gracioso del caso. En este puerto de la Habana está *peliagudo* de desembarcar. A los que nunca hayan estado aquí no los dejan saltar á tierra, á no ser que tengan hermanos ó amigos que los vayan á recibir; pero les exigen que presenten treinta pesos;

á los que ya estuvieron en la Habana alguna otra vez, los dejan libres, presentando los treinta pesos que son imprescindibles».

¿Qué harán de aquellos aventureros? El benévolo lector, sin duda alguna, espera con impaciencia la respuesta; dejaremos que responda la carta: «A los que no dejan desembarcar, los destinan á una islita que hay cerca de este puerto; de allí no pueden salirse.

Mire usted que vida: están como en el limbo, mejor dicho en el purgatorio, esperando la total remisión de su culpa. La redención que obtienen es muy imperfecta: cuando alguna persona tiene necesidad de un criado, va á dicha isla y me saca uno de aquellos y se lo lleva gratis; ni un céntimo le pagan, aunque el servicio sea penoso y largo. Los otros habitantes del islote, siquiera para saber qué cosas pasan en la ciudad, desean también salir gratis; aquí comienza una pelotera de mil..., y tiene que ajustar el que saca uno de ellos con los demás y prometer que todos irán á temporadas á su servicio».

Para que no falte detalle ninguno, con el permiso de mi buen amigo, apuntaremos lo que nos dice acerca del *garrafal* susto que él mismo pasó en tan peligroso como temido desembarco. «Yo, dice, ni tenía á nadie que pudiese identificar mi *personita*, ni había estado en la Habana en toda mi vida, ni... traía los dichos treinta pesos (creo que debían ser amigos de la bolsa de Judas los que tal pedían), ni... nada. La cosa estaba á la altura de las críticas circunstancias; nada, no hay remisión, me dije. Comienzan á pasar revista á todo el mundo, y eliminaban que daba *pena*. Me tocó á mí por fin: me presento muy campechano con la cabeza descubierta, y un tío yanqui me pregunta: ¿Estuvo usted en la Habana? Sí, señor, le dije. ¿Cuánto tiempo hace que estaba ausente? Desde el último Mayo, señor. Contestó el tío: está bien. Otra pregunta me hizo: ¿Trae usted treinta pesos? Mientras tiré de mi cartera, le dije que sí señor. Al ver mi resolución me dijo: Bueno, bueno, basta; vaya... otro, adelante. Más

contento que unas *pascuas* me lancé por aquellas calles como disparado. Llevaron á la isla dicha 600 que desembarcaron conmigo, los cuales, junto con otros 300 que ya habitaban aquella morada, suman el número de habitantes de la islita».

Me parecen superfluos todos los comentarios que podríamos hacer sobre el caso; en las siguientes preguntas resumiremos lo que nos parece conveniente advertir.

¿Por qué los llevaron á un lugar desierto y erial? Con-
testa la carta citada: «porque desde la venida de los yanquis á la Habana, no se permite transitar á vagabundo ninguno por las calles de aquella ciudad; así es que nadie puede salir de casa ni roto, ni sucio; la policía se encarga de vigilar con todo cuidado; si coge á alguno de mala facha lo entrega al Gobierno, éste le echa una multa, y si no tiene dinero para pagarla, á la cárcel con él. Los norteamericanos son tremendos, no quieren gente pobre, ni menos gente que viva de pillerías».

¿Será esto una inhumanidad? Eso sí que no; es preciso conceder que los yanquis proceden con mucha prudencia; pesan las cosas muchas veces antes de hacerlas. Pero lo cierto es que inspiran compasión aquellos pobres españoles que se ven así vendidos. ¡Qué dura lección para los que sueñan con los bolsillos llenos de oro apenas pasan la mar!

¿Qué habrá que hacer? En la necesidad de tener que marchar en busca de la suerte, no desorientarse con la atrevida avaricia; ir confiados en la protección divina más que en nada, ó mejor dicho, únicamente fiados de Dios. Nunca jamás tenga que decir un yanqui que los españoles no tienen educación y que sólo sirven para comer lo que otros ganan.

Bien podría procurarse que en las ciudades españolas hubiese menos pillastres, son un peligro y un tormento para los ciudadanos. Buen remedio tienen los padres, y es aficionar á sus hijos al trabajo: es una lástima grande ver ayermarse los campos por falta de cultivadores. Quietos, quietos en España; hay aquí mucho por hacer.

FR. W.

SECCION DE NOTICIAS

De España.—Ya están abiertas las Cortes, y el Sr. Canalejas dispuesto á legislar á gusto de masones y republicanos. Por cierto que á los pocos días de abiertas se han oído en el Congreso horribles blasfemias, cuales no se habían escuchado desde los tiempos del desgraciado Suñer, diputado y médico ateo que declaró guerra á Dios y á la tisis. Ahora ha sido un republicano, un extranjero de la más baja ralea, un tal Az-zati Descalzi, italiano de nación. Este desgraciado, que contra las leyes vigentes fué admitido en el Parlamento, se permitió, con grosero descoco, proferir insultos (que no hemos de consignar para no ofender la piedad de nuestros lectores) contra la Virgen Santísima de los Desamparados, Patrona de Valencia. Justo es decir que la mayoría de los diputados protestaron, y en especial el Sr. Feliú, jefe de la minoría tradicionalista, que pronunció un discurso enérgico y valiente contra el deslenguado republicano. El Sr. Arzobispo de Valencia, las asociaciones católicas y muchas personas distinguidas de dicha ciudad enviaron telegramas de protesta contra el blasfemo y de felicitación para el Sr. Feliú.—De la ley de Asociaciones, que está en proyecto, se sabe que el Papa no sólo la desaprueba, sino que se negará á seguir tratando con el Gobierno español, si éste se empeña en legislar en materias eclesiásticas sin contar con Roma. A pesar de eso, Canalejas anunció ya que en Abril presentará á las Cámaras la ley contra las Ordenes religiosas. Veremos cómo sale con sus propósitos.

Salamanca.—Durante los tres días de Carnaval se celebró en el templo de San Esteban, como en años anteriores, un solemne tríduo, para desagraviar á Dios Nuestro Señor de las muchas ofensas que contra El se cometen en esos días. El día de Ceniza salió del mismo templo, recorriendo las calles de la ciudad, la procesión de la Buena Muerte. En los tres días hubo exposición y sermón, que predicó, así como el día de Ceniza, el M. R. P. Prior de este Convento, Fr. Secundino Martínez, con elocuencia y unción verdaderamente apostólicas. La concurrencia fué extraordinaria, dando ejemplo el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, que asistió todos los días. El mismo orador sagrado, P. Secundino, sigue predicando en el templo de San Esteban una misión en los domingos de Cuaresma. Las pláticas están á cargo del P. Subprior, Fr. Luis Guitart. El concurso de oyentes es numeroso y los frutos es de esperar que sean abundantes.—También se celebró este año con solemidad la fiesta de Santo Tomás de Aquino. Por la mañana hubo misa cantada con sermón, que predicó el R. P. Fr. Pedro N. de Medio, profesor de Moral en este Convento; desarrolló con mucho acierto y elocuencia el tema siguiente: *Santo Tomás fué un prodigio de santidad y de sabiduría; por eso la Iglesia le propone como modelo de los verdaderos sabios.*

Por la tarde celebraron los académicos una velada literaria, á la que asistió toda la sociedad culta de Salamanca.

Los estudiantes dominicos dedicaron otra velada literaria á su Angélico Maestro el día 12 de Marzo, á la que asistieron, además de la Co-

munidad, algunos invitados, seculares, sacerdotes y religiosos de otras Ordenes.

Peregrinación á Tierra Santa.—El día 5 de Mayo sale de Barcelona la sexta peregrinación española á Tierra Santa. Visitará muchas ciudades de las costas de Italia, Grecia, Turquía, Egipto y Asia-Menor, volviendo á desembarcar en Barcelona el 17 de Junio. Los precios son 2.000 pesetas en 1.^a, 1.500 en 2.^a y 1.000 en 3.^a clase, incluidos todos los gastos del pasaje, alimentación, alojamiento, etc.

Ejemplo digno de imitarse.—En Coruña ha muerto cristianamente el Sr. Pérez Costales, exministro republicano, mandando en su testamento que se le entierre sin pompa alguna en caja de pino y que no se permita colocar coronas sobre su tumba. Durante doce años que estuvo paralítico aprendió á temer á Dios y á despreciar las vanidades del mundo.

De Portugal.—La flamante República va resultando cosa de sueño. Ni que todos se hubieran vuelto locos en la tierra de las necias fanfarronadas. Todos gozan allí de completa libertad para perseguir é insultar á los católicos y á los partidarios del antiguo régimen. Los sacerdotes y los obispos (pues religiosos ya no quedan en Portugal) son encarcelados por negarse á obedecer las medidas sectarias del Gobierno. Poco há que los obispos escribieron una pastoral colectiva protestando de las horribles tropelías que se cometían contra la Iglesia; pero el Gobierno, por el ministro de Gracia y Justicia, mandó al Obispo de Oporto, á quien creía inspirador de la Pastoral, que retractase la orden que había dado mandando á los párrocos que la leyesen en la misa. Como es natural, el Sr. Obispo se negó á ello, y enseguida fué llamado á Lisboa por el ministro, que avisó antes á los republicanos para que saliesen á su encuentro. Este se encontró, al llegar á Lisboa, con una turba de desalmados, que no cesaron de gritar y de apedrear el automóvil en que iba, hasta que llegó al palacio del ministro. Allí se le sometió á un interrogatorio de dos horas, y enseguida se juntó el Consejo de Ministros, resolviendo que el Sr. Obispo no volviera á su diócesis, declarando esta sede vacante y mandando al Cabildo de Oporto que eligiesen nuevo Prelado, á lo que se negaron con noble entereza los canónigos. Dios sabe á dónde llegará la nación vecina por esta senda. Ya se han notado algunos chispazos de contrarrevolución, y no será difícil que cualquier día estallase una guerra civil que hiciera necesaria la intervención de otras potencias para restablecer el orden.

Justo correctivo.—Un periódico de Amberes, *La Nouvelle Gazette*, ha sido condenado á pagar una multa de 2.000 francos y á insertar la sentencia en varios números, por haber calumniado al eminente escritor sociólogo y sacerdote M. Santol. Si con todos los calumniadores del clero se hiciera otro tanto, no tendrían tanta audacia para mentir los periódicos y escritores anticlericales.

Rasgo de abnegación.—En Buenos Aires ha muerto ahogado, por haber pretendido salvar la vida á un colegial, el R. P. Domingo Ugo Salriano. No hay miedo que los difamadores de las Ordenes Religiosas se expongan á semejantes peligros.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.